

# **Las memorias en la interpretación de hechos históricos: sucesos en Arecibo y Utuado durante la invasión militar de Estados Unidos a Puerto Rico: 1898**

Luis F. Santiago

El miércoles, 11 de mayo de 1898, el joven José Limón de Arce llegó tarde en la noche al Cuartel de Voluntarios de Arecibo para descansar del ajetreo y fatigas de noches de ronda y vigilancia en ese pueblo costero. Entró al cuartel por la puerta que daba a un callejón del Teatro Oliver. En una habitación estrecha situada al costado derecho de la puerta de entrada, se acostó en uno de los camastros de madera provistos para que los soldados reposaran después de sus turnos de centinelas. Este arecibeño escribió en sus memorias que no podía conciliar el sueño debido a las chinches y pulgas en las tablas de madera y que cuando el reloj de la Iglesia dio las cinco campanadas en la amanecida del día 12:

...unos minutos después -no podemos precisarlos con exactitud, aunque no llegaron a quince- un sordo y profundo sonido que para nosotros emergía del fondo de la tierra, nos hizo levantar la cabeza de la tabla que servía de improvisada e incómoda almohada... seguidamente nos dimos cuenta de que tal ruido subterráneo no era otra cosa que el eco de un cañonazo disparado a distancia.

Más tarde comprendería que aquel cañonazo era el bombardeo de San Juan por la armada estadounidense en la madrugada del 12 de mayo de 1898. La agresión militar y consecuente invasión de la Isla había comenzado.

Después del inesperado bombardeo de ese jueves, la incertidumbre combinada con ansiedad y angustia se apoderó de los demás jóvenes voluntarios que, como José, esperaban órdenes militares por días y noches en las semanas subsiguientes. Pero, no fue hasta la llegada de soldados derrotados a Arecibo que comprendieron que los invasores habían triunfado:

...heridos y descalabrados, destrozados los uniformes llenos de barro, procedentes de Lares y Yauco, fueron sembrando el desconsuelo en las almas leales a la Madre Descubridora, cuya ruina era segura, dadas las órdenes de batirse en retirada...

### **Dos memorias:**

La búsqueda de verdades históricas se nutre de la multiplicidad de fuentes cognoscitivas que integramos para darle significado a los hechos pasados y poder explicar el presente, muchas veces justificándolo. Un aspecto interesante de la aventura investigativa es conocer como los hechos registrados por los actores participantes u observadores de hechos históricos y sometidos al objetivismo como intención metodológica por ellos mismos, son interpretados en formas diferentes; y reconocer, como el investigador histórico, usando el más puro análisis científico al informar la verdad o verdades de tales hechos, estará filtrando las interpretaciones de los actores a través de la suya propia. Así, el hecho, acto único, registrable con unas variables inmutables en su acción/manifestación real, puede ser interpretado y reinterpretado durante y después del evento en diferentes formas. La interpretación de un hecho histórico, que mantiene en su objetiva esencia una realidad consubstancial, responderá a la intención, justificación o apología de los actores y del investigador. Por esa razón, los hechos históricos siempre serán fontana de controversias.

El estudio de los eventos del 1898 y sus consecuencias en el proceso histórico de Puerto Rico hasta nuestra cotidianeidad, han generado una gran cantidad de actividades investigativas encaminadas a examinar y a establecer el significado real en nuestra vida colectiva del cambio de soberanía extranjera en esa fecha. Pero la vida del colectivo es la suma de las vidas individuales, incluidas aquellas que en una forma u otra participaron, fueron afectadas o intentaron comprender la realidad de lo que les tocó vivir en su época.

Cuando buscamos fuera de la historia oficial, esa que está siempre encaminada a presentar los hechos mediante razonables justificaciones que ratifican como “la verdad” las relaciones de poder en el presente, encontramos las mini historias que reducen la gran magnitud de “la verdad” a la realidad de vidas particulares. En este afán, me llamaron la atención dos memorias de personas cuyos relatos intentan establecer “la verdad” en una dimensión personal, pero que nos ayudan a construir un todo.

Estas son las experiencias registradas por don José Limón de Arce, historiador arecibeño, nieto de andaluces y que servía en la Primera Compañía del Cuarto Batallón de Voluntarios al momento de la invasión de Estados Unidos. Además, las de don Julio Tomás Martínez Mirabal, ingeniero utuadeño, encarcelado por sedición contra el poder español en la Cárcel del Castillo en Ponce para esa fecha.

Las memorias de Limón de Arce o “Edmundo Dantes” están publicadas en una serie de cuadernos en los que, con mucho trabajo y esfuerzo, recogía todo el acontecer histórico y cultural del pueblo. Su objetivo final era crear el Museo, Archivo y Biblioteca de Arecibo, sueño que nunca se cumplió. Las memorias para este trabajo están en el cuaderno número 12 y 13 del 15 de septiembre de 1936 y del 15 de noviembre de 1936, respectivamente. Sin embargo, la comprensión del

ethos y el pathos, entre la historia y el autor, surge de la lectura completa de su obra.<sup>1</sup>

Julio T. Martínez Mirabal escribió un ensayo sobre recuerdos y anécdotas de su vida política y el pueblo de Utuado. Basándonos en la lectura de las mismas se pudo reconstruir un relato de los acontecimientos en Utuado que fuese comparable al de Limón de Arce, durante la invasión estadounidense.<sup>2</sup>

## **José Limón de Arce**

Limón de Arce reflexionaba sobre su identidad de esta forma:

Hijo nieto de españoles, puertorriqueño español por línea materna, en nuestra alma se encontraron desde niños vinculados con raigambres profundas dos amores, a cual más sagrado, a cual más inmenso de los dos: el Amor a la Madre Histórica –la Patria Grande de la que habló el escritor – y la región nativa – la Patria Pequeña.

Dice que esos dos amores lo impulsaron a tomar las armas a la edad de 19 años “en defensa de la primera a la vez que en defensa del terruño amado, amenazado de extraña invasión”.

Su memoria sobre lo que él llama en sus escritos “Estertores de la dominación española en Arecibo”, Arecibo histórico, (1938), recoge sus experiencias entre el 23 de abril y el 18 de octubre de 1898. Su relato comienza cuando ensayaba como

---

<sup>1</sup> Limón de Arce, J., Arecibo histórico. (1938), Editorial Ángel Rosado, Manatí, Puerto Rico. Nota: El libro original se encuentra en la Colección Puertorriqueña de la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo.

<sup>2</sup> Martínez Mirabal, J.T., Crónicas íntimas. (1946), Imprenta Venezuela, San Juan, Puerto Rico. Nota: La copia de estas memorias está archivada en la Colección Puertorriqueña de la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo.

actor aficionado en la obra “Marinos en Tierra” para beneficio de la Cruz Roja Española que fue interrumpido por “el guerrero clarín y el acompasado redoble de tambor” pregonando la ley marcial. Recuerda que antes del bombardeo del 12 de mayo, se mantenía frente a las costas arecibeñas el buque de la armada estadounidense “Yale” y que por las noches alumbraba la costa con potentes reflectores para saber de las defensas españolas en el pueblo. Cuenta que ese buque dejó su vigilancia el 11 de mayo, aparentemente, para unirse al grupo naval que abriría fuego contra la ciudad de San Juan.

Limón de Arce participaba en la vigilancia del litoral arecibeño, especialmente en la ruta de la vía ferroviaria a bordo de una vagoneta de vía que llamaban Lori. Este militar narra que, en una ocasión, después de la invasión por Guánica, cuando disidentes del poder español le pusieron un tronco en las vías para descarrilar la vagoneta, se salvaron precisamente por las luces del navío estadounidense que alumbró el madero tendido.

Como militar no participó en ninguna batalla, pero fue testigo de los eventos que siguieron a la invasión estadounidense y que marcaron un nuevo orden vivencial en la región arecibeña y una nueva perspectiva de la realidad en su persona. Lo que más lo impresionó fue la llegada de la columna del Batallón Cazadores de la Patria comandada por el teniente coronel don Francisco Puig y don Manuel de Villena; quienes fueron obligados a retirarse y a no presentar batalla ante los invasores del norte. Este acto, Limón de Arce, lo califica de cobardía por parte del jefe de Estado Mayor don Juan Camó, a quien señala como vengativo y lleno de odio hacia Puig.

Limón de Arce toma la información que don Ángel Rivero narra en su obra, Crónica de la Guerra Hispanoamericana en Puerto Rico (1921), para describir el movimiento del Batallón de Cazadores de la Patria, desde Yauco hasta Arecibo, pero incluye en el relato su recuerdo personal del desenlace final de la vida del teniente coronel abatido por sus superiores. La

tragedia cubre desde los primeros auxilios que la Cruz Roja les dio a los soldados que fueron alojados en el viejo coliseo hasta el día 2 de agosto, amanecer después del suicidio por el honor militar de don Francisco Puig, en el sector Palmarito del barrio La Cruz, frente al mar:

Un pescador mañanero descubrió a la orilla del mar el cadáver del infortunado oficial, y junto a él su sable clavado en la arena (...) El día dos de agosto amaneció lluvioso y frío. Como a las siete de la mañana nos encontrábamos en la acera sud de la Plazuela José A. Machiavelo, a cincuenta metros de nuestra casa solariega. La exclamación «¡Una camilla!» nos hizo volver el rostro hacia el saliente. Por la Calle José de Diego (antes General Pavía), desembocaba un fúnebre cortejo formado por cuatro soldados que conducían en hombros una estrecha camilla militar, hecha de lona y maderas. Tendido sobre ésta y cubiertos por una manta iban los fúnebres despojos del infeliz suicida. Le seguían tres o cuatro números de tropa y un segundo teniente de infantería, de 18 años, que no cesaba de enjuagarse las lágrimas que le bañaban el rostro. ¡Era este joven oficial don José Puig y García, nacido en Holguín (Cuba) hijo del desventurado coronel! Una menuda lluvia como llanto del cielo caía sobre la camilla.

El teniente coronel Puig fue enterrado en el cementerio protestante donde también se colocaban los restos de los suicidas. Para 1927, Limón de Arce ayudó a localizar la tumba del Coronel para que sus restos fuesen exhumados y sus cenizas llevadas a España.

La memoria de Limón de Arce nos ofrece relatos sobre los embriscamientos en Arecibo: la huida de ciudadanos españoles de las fincas de la región, especialmente de Hatillo,

que eran atacados o acosados por partidas sediciosas, para buscar refugio en Arecibo; actos que juzga como llenos de injusticia:

Para el mes de setiembre [1898], ya habían comenzado a formarse y a merodear por nuestros campos núcleos de personas mal aconsejadas y peor avenidas con el orden, los cuales recibieron el nombre de partidas sediciosas. De los términos en que había sentado ya su planta de nuevo dominador el ejército norteamericano, acudían muchos de los individuos de tales núcleos a vender o cambiar ganado vacuno y caballar robado, encontrando fácil venta en los seres sin escrúpulos, que se aprovechan de este género de debilidades para hacer su negocio de adquirir a poca monta lo que otros adquirieron a costa de economías y trabajos, y de lo cual fueron despojados por ladrones.

A fines de setiembre se hizo general el desjarretamiento de ganado vacuno. La mayor parte del elemento canario o isleño, se vio obligada a trasladar su residencia a la ciudad, temerosa de que los jefes de aquellas partidas cumplieran sus amenazas. A este forzado abandono de la zona rural se le llamó el embrisque y se le dio el nombre de embriscados a los individuos que se trasladaban a la zona urbana por tal motivo.

Entre los sucesos que narra el autor, se destaca el acaecido el domingo, 9 de octubre de 1898. Éste fue un acto en que se combinaron las frustraciones de un ejército obligado a rendirse, los odios de los habitantes y la confusión en las interpretaciones de hechos. Todo comenzó cuando en la disputa en un juego de barajas entre paisanos y soldados, un paisano agredió con una botella a un soldado de los Cazadores de la Patria y, al

éste, llegar corriendo ensangrentado al cuartel, el centinela de turno dio la voz de alarma y cuatro soldados salieron disparando del lugar:

La vista de sangre, el coraje de aquellos soldados, deseosos de pelear por su patria y a quienes la disciplina militar mantenía en sus cuarteles como si fueran fieras enjauladas, encontró ambiente propicio para desbordarse. Los cuatro militares, corriendo como locos, los máuseres cargados, comenzaron a disparar contra todas aquellas personas que hallaban a su paso.

El resultado fue de tres paisanos muertos por las balas y otros heridos de bayoneta. Esto ocasionó que más de un millar de personas entre hombres, mujeres y chiquillos armados con barras de hierro, machetes, garrotes, largueros de camas de hierro, rajas de leña y con escopetas descargadas formaran un motín y atacaran el negocio de Roses y Compañía a pedradas. Limón de Arce cruzaba por el pandemónium y vio cuando la tropa llegó para dispersar a los amotinados. Dice que el sonido de treinta cerrojos de las recámaras de los máuseres hizo que la gente se dispersara por las calles vecinas o se lanzaran al Caño de Santiago. Haciendo una apología, escribe:

Se conoce que la tropa no llevaba intenciones de hacer fuego, si no el propósito de atemorizar al grupo asaltante y lograr de ese modo su dispersión. De haber disparado sus fusiles, cada uno de los cuales guardaba en su recámara cinco cápsulas mortíferas, habría causado una horrible carnicería entre aquellos diablos impulsivos, que tan irreflexiblemente exponían el pellejo en una lucha estéril, sin gloria y sin beneficios prácticos para la Patria.

El 11 de octubre se efectuó el cambio de mando en Arecibo, acto que era incomprensible para un joven de 21 años y con lealtades y sentimientos mixtos porque reconocía, como lo expresa al comenzar el capítulo, cómo militares y autoridades españolas sembraron la semilla de la discordia:

...que más tarde se tradujo en odios y sentimientos de venganza en una gran parte del país puertorriqueño, venganza que alcanzó injustamente, a multitud de isleños o canarios que por su laboriosidad en las labores de las tierras y su vida ejemplar, merecían no ya el respeto, si que también la gratitud de nuestros compatriotas todos.

Las tropas de España se organizaron frente a la Casa Municipal para comenzar el desfile de retirada y narra que la multitud presente había organizado «una fenomenal PITADA [sic] para despedirlas». El militar a cargo, el Capitán Pamies, al ser advertido por el alcalde en voz baja que no respondería por el orden del pueblo, le contestó al alcalde en voz alta para que todos lo oyeran:

Si usted no responde del orden del pueblo, yo no responderé, ni respondo de lo que haga la tropa. A la menor demostración hostil que advierta ordenaré MEDIA VUELTA [sic] y usted ante su pueblo y ante la historia será responsable de lo que aquí ocurra.

La tropa marchó en medio de un «silencio sepulcral». En su marcha hacia la estación del ferrocarril, el teniente Melgar que cerraba la tropa a caballo, se detuvo en la Avenida los Obreros, esquina Tanamá y se expresó, en estos términos:

¿No queríais americanos?... pues ahí los tenéis, ma...malones. ¡Cojéolos y que os aprovechen!... ¡Dios quiera que no lleguéis a desear con ellos el día más malo que hayáis pasado con nosotros!...

Ese último estertor de la dominación española en Arecibo produjo varias reflexiones en Limón de Arce:

...la retirada de aquellos soldados que se alejaban vencidos, en dolorosa derrota sin haber peleado, en medio de la indiferencia de un pueblo que sus antecesores habían descubierto, conquistado y civilizado, pueblo a quien los enconos políticos habían hecho olvidar que aquel ejército, que se ausentaba para siempre, era su propio hermano en la Sangre, en el Habla, en la Tradición y en la Historia [*sic*].

Después del cambio de mando en Arecibo continuaron las quemas de casas y ataques físicos a isleños o descendientes de canarios en la región. Por tal razón, se formaron patrullas municipales y en las que colaboró el autor para mantener el orden durante el cambio de soberanía.

En tales circunstancias, José Limón de Arce se dedicó al quehacer cultural de Arecibo, intentando rescatar con todas sus energías y recursos la historia del pueblo para conocimiento de las futuras generaciones. Luchó incansablemente por la preservación de los archivos municipales y trabajó para el desarrollo de un Museo de la Historia de Arecibo. En ese afán publicó una serie de cuadernos que vendía a base de suscripciones, titulados Arecibo histórico, a través de los cuales intentó construir la historia del pueblo, desde Arecibo (nombre taíno del lugar) hasta su época. En sus páginas recogió una fontana de información sobre hombres y mujeres destacados en todas las dimensiones culturales, políticas, económicas y sociales. El libro, que se escribió en fascículos,

fue editado e impreso en un solo volumen en diciembre de 1938. En lo personal se mantuvo como defensor de la puertorriqueñidad, como educador y siempre relacionado con los descendientes de la diáspora española a través del Casino Español de Arecibo.

## **Julio Tomás Martínez Mirabal**

Los recuerdos de don Julio Tomás Martínez Mirabal, ingeniero y amante del arte en general y de la pintura en particular, están recogidos en sus memorias Colección Martínez, crónicas -notas de la Guerra del 1898 en Puerto Rico, notas de arte o Crónicas íntimas (1946). Sus memorias están escritas desde la perspectiva de una tercera persona, intentando hacer un relato histórico objetivo. La reconstrucción de los hechos que ocupan el objeto de este trabajo tiene que armarse como un rompecabezas a través de varios capítulos o secciones.

En su escrito, «Andanzas juveniles», Martínez relata la organización de un «Gabinete de lectura» en Utuado. Sobre este particular, escribe:

«En el año 1895 y en un libro titulado «El Porvenir de Utuado» apareció lo que sigue: «Gabinete de Lectura» Acaba de instalarse un pequeño Centro de cultura en la calle Vega Inclán, iniciativa promovida por varios Jóvenes [*sic*] ...Sucedió que el referido gabinete de lectura tenía más de fraile revolucionario que de monje de hábitos pacíficos porque su interior era un hervidero de ideas avanzadas de libertad y progreso desde donde solían partir y adonde llegaban aquellas del mismo modo que la sangre afluye y sale de los corazones en los «organismos vivos». Y el amor a la Patria irredenta y el deseo ardiente de su liberación

congregaron allí a una juventud ávida de ser dignos y libres ciudadanos (...) algo más que un simple gabinete de lectura fue «La Aurora de Borinquen» fundada al clarear de los albores de la Revolución Cubana del 1895.

En otra parte del escrito encontramos la referencia de Martínez a «una reunión en Arenas» el 19 de junio de 1896 (esta fecha anotada en sus memorias, hace difícil establecer una cronología con otros eventos), la que era una gira de prominentes ciudadanos pertenecientes a la elite dominante utuadeña y en la que le hicieron entrega de dos publicaciones: «PATRIA» Y «BORINQUEN»:

... dos de las publicaciones recibidas me fueron entregadas. La última ostentaba el retrato del General Rius Rivera, puertorriqueño al servicio de Cuba, con una extensa reseña de su vida militar en la manigua. Circuló la noticia del fracaso de la expedición proyectada para Puerto Rico y también la de la inutilidad de las gestiones de Forrest y D. A. Méndez Martínez en la isla.

Al regresar de la fiesta y mientras organizaba el material de propaganda que le habían entregado sucedió que: «Pasos pesados y el caer de culatas de fusiles sobre el piso de la galería contigua a mi habitación causáronme [*sic*] bastante sobresalto»

Al organizar las memorias de Martínez podemos darle una hilación al relato. Martínez fue uno de los jóvenes fundadores del gabinete de lectura «La Aurora de Borinquen» y estaba envuelto en los movimientos separatistas activamente, haciendo propaganda para organizar una «Línea Ponce-Arecibo» que describe de la siguiente forma:

... la que habría de actuar como una línea divisoria de las secciones este y oeste de la isla, favoreciendo al mismo tiempo cualquier movimiento que se intentare en los campos y playas del Oeste [*sic*]. Los pueblos con que se contaba para fortalecer dicha línea eran Ponce con los pueblos cercanos de Coamo, Yauco y Peñuelas: Adjuntas: Utuado con su Bo. de Jayuya y los pueblos de Lares y Ciales, y Arecibo con los pueblos vecinos hasta donde fuere posible.

Esta línea fue concebida para defender cualquier desembarco de fuerzas libertadoras desde Cuba en las playas del oeste.

Los pasos que sobresaltaron a Martínez, al regresar de la reunión en Arenas, fueron los de los oficiales que vinieron a arrestarlo y a registrar la farmacia de su padre en donde encontraron material de propaganda, libros y una pequeña imprenta para hacer hojas sueltas. En su memoria, hace referencia en todo momento a la caballería de los soldados que lo arrestaron y escribe que éstos, eran sus amistades, pero que en ese momento se habían convertido en sus «carceleros». Estas observaciones demuestran que a pesar de las divisiones ideológicas en su pueblo, había un entendimiento de clase.

Martínez fue encarcelado en la celda número 3 de la Cárcel el Castillo en Ponce, después de un cómodo viaje lleno de atenciones especiales, según narra. Al cruzar el pórtico del presidio, su vida se cruzó también con la del teniente Puig, hijo del «pundonoroso teniente coronel D. Francisco Puig». Su encarcelamiento también estuvo marcado por atenciones especiales. Escribe que fue invitado a una misa para la oficialidad y sus familiares, pero que prefirió quedarse en su celda para observar desde la ventana las jóvenes que asistieron al acto religioso:

... estaban dos mozas una rubia y otra morena con sus típicas mantillas castellanas y unos ojazos divinamente enigmáticos que hubieran servido de excelentes modelos al célebre pintor del «poema de Córdova», el consagrado Romero de Torres, para una de sus obras maestras (...) no por el número de beldades españolas y criollas que allí mostraban sus encantos al rezar con devoción, lo cual siempre cautiva la imaginación del artista, sino porque el acto en sí compendia todas las manifestaciones de fe, esperanza y amor llenas de cierta unción religiosa que hacían vibrar de hierática exaltación hasta lo más recóndito de nuestro ser.

Julio T. Martínez enfrentaba una acusación por conspiración e incitación a la rebelión y era interrogado para conocer qué personas influyentes de Utuado lo habían «convencido» para sus actos. Además, se debe indicar que su trato fue privilegiado y contrasta mucho con lo que narra en otra parte de sus memorias sobre lo acontecido a un grupo de campesinos arrestados en el sector Santa Rosa, cerca del barrio los Ángeles de Utuado en el año 1897:

... vimos pasar frente a nosotros una veintena de campesinos, algunos de ellos muy jóvenes, otros ancianos y tres o cuatro propietarios, maniatados y amarrados unos a otros con una soga (...) la escena era deprimente en extremo. Aquellos infelices habían tenido que caminar a pie y descalzos la mayor parte de un camino fangoso y lleno de dificultades.

Días antes del 25 de julio de 1898, Martínez y otros prisioneros fueron trasladados a la Cárcel Municipal situada en los bajos de la Alcaldía de Ponce. Por otro lado, la tarde

del 27 de julio, entraron tres buques estadounidenses a la bahía de la Ciudad Señorial y pidieron la rendición del puerto:

Al día siguiente (28) por la mañana vino el Lcdo. D. J. de Guzmán Benítez a la prisión y tomando nota de los encarcelados por sus actividades políticas les indicó que pasaran al salón de asambleas de la alcaldía donde varios oficiales del ejército americano que esperaban ante una multitud allí reunida dieron libertad a nombre de los Estados Unidos de América a los diecisiete presos que acababan de entrar en el local (...) apenas se podía andar por la Plaza y las calles que la circundan y aquel inmenso gentío, entre delirantes aclamaciones, acogía la nueva bandera en cuyo campo azul, estrellado, esperaba plasmar algún día la realización de su ideal.

Martínez, ya en libertad, continuó sus relaciones con las «familias respetables» de la ciudad y con sus amigos hasta que decidió acompañar al Gen. Roy Stone y a los Voluntarios de Winsconsin en su marcha hacia Utuado. El general Stone tenía su cuartel general en la calle Mayor número 6 donde le informaron a Martínez que tan pronto fuesen a salir para la montaña, le avisarían. Las tropas partieron el dos de agosto sin avisarle. Martínez, junto a otros amigos, siguió la ruta de los militares estadounidenses a caballo hasta alcanzarlos después de Adjuntas. La columna acampó en la finca de don Bartolomé Mayor, quien colmó de atenciones al general Stone:

Tan pronto como se extendió la noticia de nuestra estancia en dicho lugar, comenzaron a llegar campesinos y algunos habitantes de la ciudad, muchos de ellos armados con el fin de cooperar con las fuerzas armadas allí acampadas. Durante toda la noche, el movimiento

fue grande debido a que los emisarios que se despachaban para la ciudad a solicitar su entrega volvieron repetidas veces con una rotunda negativa y además, con la información de que gran parte del cuerpo de voluntarios «Tiradores de la Altura» -el cual, según se decía, había sido disuelto por orden superior,- se reorganizaba festinadamente para aprestarse a la defensa al mismo tiempo que la guardia civil bajo el mando del teniente de la Hoz que estaba construyendo una trinchera de tierra en lo alto de una colina que dominaba los caminos de entrada.

El 3 de agosto partieron tres columnas a enfrentar los voluntarios y la Guardia Civil. Cada grupo tenía veinticinco soldados estadounidenses y cien paisanos armados. No hubo resistencia. El teniente de la Hoz se retiró hacia Arecibo para unirse a las fuerzas allí concentradas. Dice Martínez que la aclamación del pueblo de Utuado durante la entrada de las fuerzas invasoras fue de «atronadoras exclamaciones». El general Stone fue alojado en la residencia de la Familia Iglesias-Casaldue donde también estableció su cuartel o «headquarters».

Entre los hechos, que narra Martínez en sus Crónicas íntimas, está el relato sobre la construcción de un camino provisional para recibir el grueso de las fuerzas militares estadounidenses al mando del general Guy V. Henry. En la construcción participaron «un número crecido de brigadas de obreros, bajo el mando de inteligentes jóvenes de la ciudad». A pesar de ese esfuerzo, el camino fue severamente criticado por el general Henry:

El General Henry debió haber comprendido que un camino tan accidentado y hecho provisionalmente en tan corto tiempo no podía quedar siquiera meridianamente perfecto, y además que todos no iban

a ser caminos de rosas como el que había encontrado después de haber ocupado Yauco en su marcha hacia Ponce y de que su brigada Garretson batiera al batallón español Cazadores de la Patria y guerrilleros del coronel Puig, haciéndoles efectuar «la triste retirada» como le llama el historiador Rivero Méndez...

Otros sucesos que narra tienen que ver con la nueva cotidianeidad de Utuado bajo la ocupación estadounidense:

Los miles de hombres del ejército americano acampados allí bajo las órdenes del General Henry constituían un gran contingente consumidor y que con sus periódicos ejercicios y simulacros en plazas y calles y las ceremonias religiosas celebradas a veces en el corazón de la ciudad (dirigidas por nuestro particular amigo Reverendo Dwight Liesly Rogers) eran motivos de satisfacción para nuestro pueblo (...) No tardó mucho sin que surgiera un incidente que pudo traer graves consecuencias.

Un grupo, de los nuevos soldados del destacamento, desconocedores del hecho de que en casi todos los suburbios de nuestras poblaciones viven familias honradas al igual que mujeres de vida airada en próxima vecindad, cometieron la falta de frecuentar los cafetines de el barrio de «Cuba» y en estado anormal algunos, ir en busca de estas últimas yendo a parar a veces en casas de buenas familias equivocadamente; como esto se repitió por tres o cuatro noches surgió la protesta a las Autoridades, expresada por un Sr. Jusino, dueño de un taller de zapatería.

Al otro día de esta queja, un grupo de mujeres de «Cuba» comenzó a pillar piedras y palos a ambos lados de los extremos más altos de sus cuatro cuestas, en sitios poco visibles (...)

A pesar de que el capitán McDowett y otros militares, además de Martínez, fueron a las casas a visitar «familias de bien» afectadas para pedir excusas por el comportamiento de los soldados:

... el arsenal de piedras y palos crecía y un día ya convenido, al oscurecer, cuando los soldados caminaban cuesta arriba hacia aquel barrio, sus hombres y mujeres comenzaron a recibirlos con una lluvia de pedradas y palos que les hizo retroceder yendo algunos en busca de sus armas al cuartel donde los que estaban de guardia procedieron a su arresto impidiéndoles salir. La confusión, aumentada por los gritos de la gente y los pitos de la policía local vino a cesar cuando los soldados fueron llamados al cuartel con un sonoro toque de clarín.

Todo el reperpero, las protestas y la resistencia cesaron cuando las tropas estadounidenses se retiraron de Utuado, pero como expresa Martínez a base de su interpretación de lo acontecido: «los habitantes de Utuado sintieron nuevamente la pérdida total de una de las fuentes de negocios que había hecho prosperar la pequeña urbe».

Martínez fue separatista bajo el gobierno español y cayó preso por sus actividades políticas. Perteneció al grupo de otros tantos puertorriqueños que deseaban la libertad de Puerto Rico para luego anexionar el país como un estado federado de Estados Unidos. Era hijo de personas prominentes o de clase dominante en Utuado lo que le permitió tener favores aún en su condición de prisionero. Fue liberado en Ponce por las autoridades militares estadounidenses. En sus escritos demuestra que, desde entonces, su admiración por la nueva metrópolis no dejó de crecer; hasta el punto de que fue agente mediador para justificar los sucesos negativos y atropellos de

la ocupación militar en Utuado. En sus memorias establece que el momento de mayor prosperidad y progreso para Puerto Rico “fue cortado” por el huracán San Ciriaco, el 8 de agosto de 1899.

## **Dos mini historias: dos identidades**

El 18 de octubre de 1898, la bandera española fue arriada y todo terminó para su control político en la Isla, estableciéndose un nuevo gobierno colonial sobre Puerto Rico. Cuando José Limón de Arce publicaba su *Arecibo Histórico* en 1938, escribió lo siguiente:

Ya nuestro pueblo ni canta ni se divierte como en los días más felices y dichosos para él. Un antiguo adagio reza «Barriga harta, corazón contento». Nuestro pueblo de una parte se muere de hambre ¿por qué negarlo? Se muere de hambre aunque la mentira oficial nos hable de Presupuesto de DOCE MILLONES [*sic*] de pesos, arrancados a la fuerza con mano férrea cubierta de seda a los contribuyentes. El comerciante y el industrial no pierden por lo general. Con aumentar el precio de sus artículos buscan el desquite. Pero el pueblo consumidor, el sector pobre de ese pueblo, que es más numeroso, sufre las consecuencias del alza, viéndose a reducir la de suyo a mezquina pitanza diaria o a carecer de lo necesario y sufrir los zarpazos del hambre. Esa es la verdad, aunque las estadísticas oficiales digan lo contrario en números que forman cifras deslumbradoras. ¡Y lo más sensible del caso es, que ese mismo pueblo, explotado, vilipendiado y lacerado es el primero que sirve de coro al himno de la prosperidad que sus explotadores entonan, como si fuera un autómatas movido por hilos

invisibles o un disco fonográfico que la diminuta aguja de un diafragma hace sonar!...

La preocupación primordial de Julio T. Martínez Mirabal, sobre la realidad vivencial puertorriqueña, era diferente cuando publica sus Crónicas íntimas en 1946:

... existe cierta disparidad política (...) las tendencias separatistas cuyo objetivo era la constitución de nuestra isla en una República independiente, fueron hijas del entusiasmo juvenil, del espíritu de rebeldes de aquellos años y las ambiciones de personalidad y libertad que nos alentaba (...) tornáronse menos radicales hacia una asociación firme con la América hasta lograr nuestro ingreso en el conjunto armónico de la Unión Americana del Norte.

Más adelante, en otra sección de sus memorias:

Años han pasado y esas esperanzas de reconocimiento de capacidad política que nos colocaría en igual plano que a los ciudadanos de Massachusetts, Washington, Lousiana o Texas van esfumándose en medio de indiferencias y dudas desesperantes... Bien es verdad que nuestra isla ha venido recibiendo del pueblo y el gobierno americano muchos y grandes beneficios después de habernos concedido su ciudadanía durante el actual periodo colonial (...) se hace necesario que la Nación Americana, por mediación de su Congreso dé a nuestro Pueblo Puertorriqueño la personalidad nacional a que se ha hecho acreedor convirtiéndolo en un Estado de la Confederación Norteamericana [*sic*] o dándole su Independencia.

Esta comparación de dos memorias, respecto a los primeros días de la invasión militar de Estados Unidos en 1898, permite, aún con las limitaciones que pueden surgir de la memoria a través del tiempo y de los procesos de interpretación individual de los autores, recoger una mini historia de la cotidianidad de ese momento tan significativo para Puerto Rico. En las mismas se reflejan puntos de vista diferentes de dos puertorriqueños, pertenecientes a clases dominantes en sus respectivos pueblos.

Para Limón de Arce fue una tragedia que no traería una solución a las injusticias y opresión del colonizador, las que él reconocía en la arrogancia del poder de las autoridades españolas y que, según él, dividió al pueblo en sus lealtades. Para Martínez Mirabal fue una bendición de prosperidad y progreso que nos uniría eventualmente a la unión de estados federados.

Ambos ofrecen justificaciones a los errores y sucesos negativos en las relaciones sociales basados en el poder de las clases dominantes, el gobierno y los militares. Ambos nos describen la confusión, las lealtades, las rebeliones, el honor y las actitudes en uno u otro bando y, desde luego, sus frustraciones y esperanzas. Todo filtrado por los autores o los actores.

